

Una infancia entrañable

«Yo era un niño normal dentro de una familia normal.» Así debe empezar este capítulo que narra las peripecias de un niño de finales de los años cuarenta, en aquel Madrid de la posguerra, cuajado de dificultades, de alegres miserias de ciudadanos que buscaban la manera de salir a flote en medio de un país desolado. La cualidad primordial de aquel crío se llamaba, precisamente, normalidad, y ésta es la palabra que lo va a perseguir toda su vida. Detrás de todo lo que se ve, reina una inexplicable y serena normalidad.

Su padre tenía dos negocios, las perfumerías Shangai, y además presidía una empresa que se llamaba Coperlim, hasta que se jubiló. Era una cooperativa de perfumerías y limpieza. Florentino era el tercero de una familia de cinco hijos. El del medio. Hay dos hermanas mayores y dos hermanos más jóvenes. Ya se sabe que siempre dicen los de «en medio» que se encuentran en la situación más difícil. Cada vez que habla de su casa, cuestión que se suscita muy pocas veces, presume de que allí se respiró habitualmente un gran ambiente de trabajo, de esfuerzo, de sacrificio y que todos sabían que las cosas llegaban por tesón y no por casualidad. Su hermana mayor se llama Marisol y es química y farmacéutica; la segunda, Conchita, también es licenciada en Farmacia; el que sigue a nuestro protagonista fue bautizado con el nombre de Ignacio, y es, como él, ingeniero de caminos; el más pequeño se llama Enrique, el «tío Quique», y se licenció en Económicas. Florentino le lleva diez años a Enrique y siempre ha sido el que más atenciones ha recibido de los hermanos. Se cuenta que siempre reinó en aquella familia un buen ambiente, dentro de un clima de seriedad, con ese aire de hacer bien las cosas, con ánimo de cumplir, con responsabilidad en todos los órdenes de la vida. Si atendemos al vocabulario de la época, la casa de la familia Pérez Rodríguez era eso, «una casa de orden». Vivían en aquellos tiempos en la calle Hortaleza, donde nació el presidente. «Yo sí podía haber sido el sabio de Hortaleza, pero sólo de la calle Hortaleza, eh, no del pueblo, que eso quedaba más alejado de Madrid y el sabio de allí era Luis Aragonés.» La casa donde vivía la familia de Florentino no era muy grande. No debía de tener más allá de noventa metros cuadrados, con un salón grande, un par de habitaciones interiores, otro par de habitaciones que daban al exterior, y una salita pequeña donde se reunía la familia, algunos vecinos del edificio y los amigos de los niños a ver la televisión. El padre de Florentino había traído a España uno de los primeros televisores de la época y aquello, francamente, era un acontecimiento en la casa y en el barrio. ¡Una tele en 1959! Era una Grundig grande, enorme, que acababa de comprar con motivo de un viaje a Alemania, precisamente siguiendo al Real Madrid, y en él, por ejemplo, vieron la famosa corrida de toros en la que El Cordobés sufrió una cogida tremenda en Las Ventas. Lo recuerda allá por el inicio de los años sesenta. De hecho, dado que habitualmente terminaba el colegio a eso de las seis de la tarde, aquel día salieron corriendo de clase para llegar a su casa, posiblemente con la corrida de toros ya comenzada. No es que a Florentino le gustaran especialmente los toros, pero en aquella época el fenómeno de El Cordobés traspasaba gustos y fronteras y a todo chico joven cualquier novedad le atraía. Manuel Benítez El Cordobés, sin ningún género de dudas, estaba de moda. En aquel televisor también vio, con su amigo Jerónimo Farré, la final de la Eurocopa del 64, en la que España venció a la URSS, con Franco en el palco, y todos los grandes acontecimientos de la época. Comenzó durmiendo en una habitación para él solo y más tarde la compartió con su hermano Ignacio. Era una casa sencilla, antigua, en el corazón del viejo Madrid, muy próxima a la Gran Vía, la arteria principal del Madrid de la posguerra, cuando los tranvías transitaban desde la Cibeles hasta la Plaza de España atestados de gentes que acudían al trabajo o a la diversión.

En la misma calle tenía el colegio, el colegio San Antón, del que siempre se sintió muy orgulloso. Acudía allí incluso los fines de semana porque era cuando se jugaba al fútbol. Las

mañanas de los sábados se habían convertido en las grandes matinales del fútbol. El balón ha sido, sin duda, una constante en la vida de Florentino y una eterna ilusión. Corrían otros tiempos, la vida de familia y de colegio dejaba pocos huecos y él aprovechaba para jugar el sábado. Eran días de pocas alegrías y, sin embargo, la gente se mostraba sonriente, consciente de que un poco de algo podía suponer mucho.

Compañeros de pupitre del San Antón

El mejor amigo de la infancia de Florentino, el colega por excelencia, fue Jerónimo Farré. Un amigo del colegio, del barrio, de los primeros juegos, cómplice de las primeras aventuras, de las primeras escapadas, un compañero en toda regla con el que compartía todo, desde sus sueños de niños hasta sus pequeñas dificultades de adolescentes. Farré fue también compañero de clase durante más de diez cursos y su relato pormenorizado de algunos hechos contribuye decisivamente a conocer los primeros pasos de la vida del que hoy es presidente del club más laureado de la historia del fútbol mundial. Jerónimo Farré es doctor en medicina y cirugía, especialista en cardiología y una autoridad que cuenta con fama mundial en determinadas facetas de las enfermedades del corazón. Muchos cardiólogos del mundo entero asisten a sus conferencias y clases para aprender los secretos de las arritmias cardíacas, una de las fuentes de mortalidad que azotan a la humanidad de este comienzo del siglo XXI. En la actualidad, el Dr. Farré ejerce sus funciones como director del servicio de Cardiología de la Fundación Jiménez Díaz y es, además, profesor titular de Cardiología de la Universidad Autónoma de Madrid. Él conoce mejor que nadie los vericuetos y los recovecos de aquella generación que cruzó los años cincuenta con pantalones cortos y corbatas de las que se enganchaban por detrás del cuello con una goma flexible y un pequeño gancho metálico. En un amplio despacho, que combina funcionalidad y elegancia, repleto de fotos, unas relacionadas con el fútbol, posando junto a los mejores jugadores, otras de sus viajes por el mundo y algunos montajes que bien podrían encuadrarse en la fotografía psicológica, el mejor amigo del presidente medita sobre aquel tiempo en el que se iba desgranando una historia desconocida, el día a día de una vida repleta de ilusiones y que comenzaba a marcar definitivamente los perfiles de la personalidad del que hoy está considerado un empresario de referencia y un dirigente deportivo del más alto nivel universal pero que, antes de todo eso, fue niño y después adolescente.

Los lugares que recorrían más a menudo eran el colegio y la casa de Florentino en la calle Hortaleza. Al final de aquella calle estaba, y allí sigue, la perfumería Shangai, que, como queda dicho, era de su padre. Solían moverse por la calle de las Infantas y al final terminaban en la calle del Marqués de Valdeiglesias, lugar de residencia de la familia Farré. Por allí discurría el recorrido diario del invierno. En verano, cambiaba la cosa. Iban al Paseo de Recoletos, donde entonces lucían unos jardines bien hermosos en los que se permitía jugar. A partir de cuarto de bachillerato comenzaron a ir más hacia el Retiro y también al Pabellón de Vistalegre. Allí se situaban las oficinas del Real Madrid y se jugaban los partidos de baloncesto. Era un frontón y en él se adecuaba la pista de baloncesto. Estaba en lo que hoy es la trasera del Palacio de Correos, más o menos, para darnos una idea, en la zona del actual emplazamiento de los estudios de la Cadena Cope.

El relato de aquellas andanzas se dibuja con una enorme serenidad, dando a entender que hasta la infancia fue tranquila y la adolescencia, muy responsable. Sus amigos más próximos exponen las vivencias describiendo a Florentino como un adolescente serio, ajeno a las gamberradas más o menos permitidas a jóvenes de su edad y, desde luego, muy alejado de las frivolidades de otros compañeros de su tiempo. No lo retratan, en cambio, como un jovencito aburrido y extremadamente distante y se limitan a aceptar con cierto regusto que su amigo fue un muchachito travieso y un adolescente cumplidor, formal y profundamente sensato. En alguna medida, comenzaba a perfilarse a grandes trazos el carácter del presidente, una constante que lo

ha acompañado desde aquellos años.

Fueron un grupo de niños que estuvieron unidos todo el tiempo que permanecieron en el colegio, desde la enseñanza elemental, que les tocó en el grupo A, hasta que finalizaron el bachillerato y entraron en el preuniversitario. Fueron muchos años. De los cuarenta y tantos niños que había en el A, terminaron juntos alrededor de veinticinco. Y éste fue un núcleo importante porque siempre consiguieron mantenerse unidos. Algunos años, los curas del colegio intentaron separarlos, al menos a los más significados como cabecillas del grupo, a los que formaban esa piña, porque ya llegó un momento en que los códigos e intereses de grupo eran superiores a los individuales y eso les complicaba un poco algunas cosas a los maestros, porque el grupo tomaba demasiada fuerza. A Florentino, cuando pasaron de elemental a ingreso, lo separaron del grupo y lo mandaron a otra clase. Había un cura, que era el padre Félix, que resultó fundamental para la formación de aquella incipiente pandilla. Les dio clase en la enseñanza elemental. Había hecho sus votos ese verano y estaba solo, no tenía a nadie que lo acompañase en un día tan importante en la vida sacerdotal. Lo acompañó la familia de Jerónimo Farré, un nombre casi adosado al de Florentino. Por eso tenían una estupenda relación con él. Ese verano les anticipó que le iban a dar la clase de ingreso B, y les dijo que se apuntaran a la fila del B para estar con él, pese a que les tocaba la clase del A. Florentino y el resto de compañeros se fueron cambiando de fila para estar juntos. Los curas no se dieron cuenta, y esos de ingreso B continuaron sin separarse hasta el preu.

Tras este primer ejemplo de manejo de información privilegiada que data de los últimos años de la década de los cincuenta, la «peligrosa» peña de Farré, Pérez y compañía iría creciendo como la espuma. Porque a esos miembros iniciales del temido grupo del San Antón se fueron uniendo otros jovencitos de méritos acreditados y así se incorporaron más tarde José Miguel Avendaño y Ángel Luis Heras Aguado, que luego se hizo también ingeniero de caminos y que es padrino de uno de los hijos de Florentino, concretamente del pequeño, de Ober.

«Éramos tremendamente competitivos, queríamos ganar a todo y, en efecto, siempre vencíamos en fútbol, en balonmano, en casi todo. Era tal nuestro afán por ganar que, por ganar, ganábamos hasta en la recolecta del Domund para las misiones. Los profesores hacían unas clasificaciones como si fueran termómetros para saber qué grupos de alumnos conseguíamos más dinero en las aportaciones para los niños del Tercer Mundo y nosotros luchábamos por ser siempre los primeros. Más aún, siempre éramos los primeros. Pero, a decir verdad, tampoco fuimos una cuadrilla de santurrones o de meapilas, qué va. Recuerdo, por ejemplo, que en cada clase tenían que hacerse unas listas de los castigados, que se encargaban de confeccionar los secretarios y que supervisaban y sellaban los profesores para que no se pudieran alterar. Habitualmente, formábamos un comando de la clase al que se le encargaba una incursión clandestina hasta la secretaría y ese grupo de especialistas conseguía hacerse con varios ejemplares en blanco y más tarde sellar varias listas para ir alterando los nombres y las fechas de los castigos y la lista de castigados a su antojo. Unas veces se quedaban unos, otras veces otros, y así los curas no se daban cuenta de que había muy pocos que se quedaban castigados en “la sala” hasta última hora de la tarde. Los que no aspiraban a premios por buena conducta se ofrecían a quedarse castigados para no llamar mucho la atención y que los profesores vieran siempre que en aquel lugar reservado a los que no cumplían siempre había algún integrante de aquel grupo de jovencitos. Nunca sabremos de verdad si los curas hicieron la vista gorda o de verdad no nos descubrieron. Prefiero pensar que nunca lo supieron porque, de haberlo hecho, las consecuencias hubieran sido terribles, eso seguro.»

Además del episodio ya referido de acceso a una información reservada, empezaba a denotarse un ambiente perfecto de estructura dentro del grupo. No conformaban una manada, una tribu de adolescentes campando a sus anchas por las aulas del San Antón, sino que se mostraban

respetuosos con las necesidades internas del colectivo. Había una idea clara de batallón organizado. Una característica, esta de liderar un grupo bien estructurado, que toma cuerpo en la adolescencia y que más tarde se verá reproducida en la vida de cada uno de aquellos pequeños gerifaltes que llegarían a dirigir grandes empresas y a liderar importantes grupos humanos. «Había unos vales —relata Jerónimo Farré— que se daban en virtud de los servicios prestados a los profesores o por buena conducta. Los que tenían más vales les daban a los que no tenían y necesitaban alguno. Era una auténtica organización en la que primaban los intereses del grupo. Había un alumno que se llamaba Guerrero, que no se borraba nunca porque era un desastre y, como no aspiraba a ningún diploma por buena conducta ni a ninguna medalla de fin de curso, siempre se ofrecía voluntario para sustituir a compañeros en apuros o miembros del grupo que habían sido castigados. Ese grupo, esta asociación que surgió espontáneamente, ha perdurado en el tiempo, y a pesar de que han pasado muchos años, nos seguimos viendo y reuniendo cada cierto tiempo. Ese espíritu ganador nos ha influido seguramente en nuestra vida profesional. Es como si hubiéramos montado una escuela de negocios actual con el grupo de entonces, que estaba sumamente cohesionado y que tenía enfrente a los curas.»

De aquellas fechas le vino a Florentino una de sus adicciones más negativas: el tabaco.

Empezaron a fumar muy pequeños, a los trece años. Una vez fueron sorprendidos por uno de los profesores, el padre Segundino, fumando por la calle, cerca de la Plaza de Chueca, y como sanción les sometió a un castigo verdaderamente práctico: los obligó a comprarle un cartón de cigarrillos a él. Recuerdan que el tabaco les proporcionó algún problema más en la institución colegial. En una ocasión pusieron en pie una representación de una obra de teatro de Enrique Jardiel Poncela, que tuvo muchísimo éxito, tanto que se animaron a montar otra, pero esta última se la desmontaron los profesores porque el padre prefecto los sorprendió en plena sesión tabaquera con el escenario lleno de ese humo denso y de ese olor penetrante tan propio de los cigarrillos viejos y sin filtro que navegaban por el aire de la década. Aquellos Ideales, Ibéricos e incluso los Celtas, que ya empezaban a proliferar y que se vendían sueltos... Florentino Pérez ha sido un fumador empedernido toda su vida. Lo dejó durante una época, pero una Nochevieja que pasaron Florentino y su mujer en Andorra con Jerónimo Farré y su esposa Rosa, al médico le dio por encender un habano y al presidente por pedirle otro. Eso le hizo caer de nuevo y sólo hace muy poco tiempo su amigo cardiólogo, el primero que debía aconsejarle la renuncia al tabaco por motivos evidentes, consiguió que dejara de fumar. Entonces Florentino demostró una vez más su asombrosa serenidad para tomar decisiones. Se planteó dejar de fumar y lo hizo de un día para otro. Al día siguiente de la conversación con Farré, se levantó de la cama y puso en práctica su decisión. En 2002 se fumó su último cigarro. Y hasta hoy.

La mudanza de Hortaleza a Chamberí

Pasaron algunos años, pocos, y los padres de Florentino, don Eduardo y doña Soledad, decidieron mudarse a la calle María de Guzmán, en Chamberí. Puro barrio madrileño y exaltación de lo castizo. Vecino del santuario de los blancos, a menos de quinientos metros del estadio. Doña Soledad siempre dijo que ella era de Chamberí. Los padres de Florentino ejercían una atracción familiar que mantiene unida a la prole hasta el día de hoy, pues todos los domingos del año, y sin excusa, los cinco hijos del matrimonio suelen acudir al domicilio paterno para celebrar el almuerzo semanal. Sólo los viajes obligados por su cargo de presidente del Real Madrid o las comidas con las directivas de los equipos que visitan el Santiago Bernabéu han sido capaces de romper este hermoso y entrañable hábito.

A juicio de los que han convivido con él desde la infancia, Florentino fue un chico muy travieso, abierto, nada tímido, muy querido por todos, y eso se reflejaba en su rendimiento escolar. Nunca fue un estudiante de matrícula de honor, por lo menos en primaria y bachillerato, pero eso sí, tampoco suspendía nunca. Fue un estudiante de notable, que aprobaba siempre en junio sin

clavar los codos en demasía. Y, por lo que cuentan sus coetáneos, es a partir del preu cuando Florentino da su verdadera medida como estudiante, en un año en el que además tuvieron como maestro al padre Félix. Este hombre fue el que les infundió a todos ese espíritu ganador, algo que ya tenían y del que habían hecho exhibición de forma sobresaliente, pero que además supieron canalizar a los estudios y a las carreras personales de cada uno. Florentino sacó la carrera de ingeniero de caminos y lo hizo con holgura, sin apreturas de última hora, sin suspensos y con un control de las horas

y de los resultados más que satisfactorio. Podría decirse sin temor a equívoco que lo hizo incluso de manera brillante, aunque a él no le guste hablar de eso ni alardear de sus méritos.

Allí fue donde conoció a uno de sus grandes amigos y de sus primeros socios de negocios, José Miguel Juárez, conocido en su grupo como El Hospi, debido a las reiteradas veces en que pronunciaba dicha expresión de sorpresa. «Hospi» era una palabra que utilizaba para todo, hospi para aquí, hospi para allí, hospi para todo. Juárez es actualmente director de cine, y de hecho, en sus comienzos, se matricularon juntos en la Escuela de Dirección de Cine, aunque Florentino no llegó a terminar la carrera, si bien tampoco se exigía haber culminado los estudios para dirigir una película.

Antes de todo eso, Florentino había tenido una novia. No fue nunca un hombre que se pudiera definir como mujeriego. Al contrario, desde bien joven se mostró como una persona sumamente ordenada en todas las parcelas de la vida. De hecho, su camino por el mundo no está, precisamente, plagado de sorpresas o de gestas llamativas o de alardes mundanos. Durante el verano del preu, salió unos meses con una americana que se llamaba Mariana. La conoció en la época de la casita de la Ciudad Lineal, que era en aquel tiempo el lugar, a las afueras de Madrid, donde se iban las familias a pasar el verano. Los padres de Florentino habían comprado un chalecito que daba muro con muro con el de una familia norteamericana. El padre de Mariana era profesor y trabajaba en una de las dependencias de la base aérea de Torrejón de Ardoz. Allí, pared con pared, con el pretexto del balón que se colaba en la casa de al lado superando las barreras de los muros separadores, hicieron el futuro ingeniero y la norteamericana sus primeros pinitos. Luego, el papá de Mariana se iría a Estados Unidos, el verano pondría fin al tiempo libre y se terminarían las vacaciones. La cosa, según cuentan testigos presenciales, no pasó a mayores. También es verdad que, en este aspecto, nunca se destacó como un latin lover. Más bien dejó etiqueta de hombre tranquilo y aplicado a otros menesteres, según se desprende, más provechosos. Tan sólo una muchacha, de nombre Encarnita, fue capaz de seducir al joven estudiante durante unas vacaciones en Denia, cuando pasaba unos días de descanso en la casa propiedad de sus padres en Las Rotas, en las mismas orillas del Mediterráneo. Encarnita fue como la canción del verano, un estribillo que duró lo que dura el estío de agosto y después pasó a mejor vida. El estudiante de ingeniería tenía la cabeza en otras cosas más calculadoras y mejor calculadas: las matemáticas.

Sus mejores amigos del colegio eran: Jerónimo Farré, quien, como ya hemos dicho, ocupaba un lugar destacado y preferente; Pedro Pablo Ayuso, que era sobrino de un afamado locutor de radio y sería justo decir que el padre, junto a Guillermo Sautier Casaseca, de las radionovelas de mayor impacto en aquella época; José Miguel Avendaño, con quien confraternizó en el San Antón; y José María Yustas, al que conocieron un poco más tarde, en cuarto de bachiller, y que estudiaba en San Estanislao de Kostka, pero con el que habían establecido los primeros contactos en aquellas tardes del barrio, cuando se juntaban para organizarse los inviernos de la mejor forma posible.

Florentino se hizo socio del Madrid en 1961, y Avendaño y Jerónimo Farré dos años más tarde. Antes, estos últimos, como no tenían demasiado dinero para poder entrar al estadio, recurrían a la pillería más sencilla y accesible de todas para un muchacho de su edad: se colaban. Florentino no

lo hacía porque iba con sus padres, pero sus amigos sí: «Aprovechábamos, además, que en una de las puertas habían colocado a un portero que conocíamos del colegio; usábamos el carné de Antonio Rodrigo Parra, que nos lo prestaba para que entráramos uno a uno, pero todos, con el mismo carné. No había tornos, no había ningún control de accesos y nada era parecido a colarse ahora, cuestión más que compleja. Íbamos a lo que entonces era la grada baja de la antigua preferencia, la lateral que daba al Paseo de la Castellana, justo delante de la tribuna, donde se producían peligrosas avalanchas cuando marcaba el Madrid», recuerda Farré.

Es bueno recordar que los excesos de aforo se han vivido siempre en un estadio que llegó a albergar a ciento veinte mil personas y en el que larguísimas filas de gente se mostraba dispuesta a cualquier esfuerzo extraordinario para meterse en el campo fuera como fuera a disfrutar con aquellos jugadores de ensueño. Los había más atrevidos que Farré y eran los que escalaban por las paredes de ladrillo del viejo Bernabéu hasta alcanzar las barandillas de los primeros anfiteatros, gentes venidas de cualquier parte del país a las que no les temblaban las piernas inventando sobre la marcha la escalada urbana. El arte de Kopa, Rial, Di Stéfano, Puskas y Gento merecía que se corriesen riesgos insospechados. Es lo que tiene el fútbol. Al menos, lo que tenía el fútbol de aquella época.

Su padre, que era un gran aficionado, llevó a Florentino al fútbol desde sus primeros años. El niño Florentino siempre había jugado en el colegio con una pelota, fuese del material que fuese, de periódicos, de trapo o de aquella sustancia extraña que se denominaba «ceplástica», y que era la mejor para los balones de aquellos tiempos. Bien puede decirse que fuera su pasión más encendida durante la infancia y, en verdad, el tiempo ha demostrado que su tendencia futbolera crecería de forma considerable. Era la época del primer Madrid grande, y su padre, acompañado por varios amigos, seguía al equipo por Europa siempre que sus ocupaciones se lo permitían.

Transcurría la segunda mitad de los años cincuenta y los madridistas disfrutaban por aquel entonces del mejor equipo de su historia. Florentino recuerda que en el Bernabéu no existían los asientos numerados y no tenía más remedio que sentarse entre el abono de su padre y el de su madre. Los asientos de sus padres estaban situados en la grada baja, que en la actualidad se denomina tribuna oeste. Sin embargo, donde de verdad lo pasaba bien era abajo, en las primeras filas, porque desde allí podía ver el fútbol a cuatro metros y, sobre todo, tenía más cerca a sus futbolistas favoritos. Se escapaba desde el abono hasta abajo y cada vez que metían un gol, volvía a subir corriendo hasta los asientos de sus padres para «informar» del nuevo marcador y celebrarlo convenientemente. En una de esas, con cinco años recién cumplidos, se cayó y se rompió el labio superior, casi en la comisura de la parte derecha. «De hecho, como por entonces se curaba muy mal, aún tengo la cicatriz en el labio», recuerda con orgullo indisimulado.

Prácticamente, ha ido a todos los partidos del Madrid y confiesa a sus más allegados que se pueden contar con los dedos de una mano los partidos a los que ha faltado en los cincuenta y tres años que lleva yendo al Bernabéu. [...]